

## Los problemas de Toledo vistos por un médico

---

Dignísimas autoridades, señores académicos, señoras y señores:

Es en cumplimiento de un precepto reglamentario por lo que vengo a hablaros en esta inauguración de curso. Me tocó el turno, y cumplo la obligación que los Estatutos me imponen, y, eludiendo todo tema de erudición, hablaremos del problema de Toledo. Es tema de actualidad, puesto sobre la mesa por el excelentísimo señor Gobernador Civil don Enrique Thomás de Carranza, organizador de los coloquios sobre Toledo, que tanto éxito han tenido y espero sigan teniendo, pues la serie anunciada no ha terminado aún y sería deseable le siguiesen otras más.

Parece una osadía por mi parte meter baza en este asunto, pero casi todos los Arquitectos que han hablado han recurrido a símiles médicos, diagnósticos, pronósticos, tratamientos... y de eso sé yo algo porque es mi oficio. Además, quiero aprovechar esta oportunidad que se me ofrece para rendir cuentas de mi actuación en el cargo que he desempeñado durante cinco años como Presidente de la Comisión de Arte y Cultura de este Excelentísimo Ayuntamiento, cargo para el que fui designado precisamente por pertenecer a esta Academia. Expondremos, pues, lo más sucintamente posible, cuál es nuestro pensamiento y cuáles fueron las directrices de nuestra actuación.

Es mérito indiscutible de Freud el haber puesto de manifiesto la gran influencia que tienen sobre el pensar y el hacer del adulto las impresiones recibidas en la infancia. Conociéndolas se conoce el autor y se explican muchas opiniones y actos de otra forma inexplicables. Por

las cábalas, conjeturas y encantamientos que se forjaban los desocupados al ver mi trabajo.»

Indudablemente, Francisco Pérez Bayer fue el precursor de la restauración de Toledo, y sin él quizá no existiese la Sinagoga del Tránsito, y aquí tenemos, ya dibujados, todos los tipos humanos que intervienen en el problema.

1.º El autor, Francisco Pérez Bayer, hombre cultísimo que se entusiasma en la contemplación de la Sinagoga, descubre, por su propia mano, todas las inscripciones, las lee y las traduce.

2.º Francisco Palomares, *el Viejo*, tipo de erudito local, enamorado de su pueblo, que va mostrando al forastero, pero que, mejor conocedor del paño, aconseja a éste alguna vez que ceje en sus empeños.

3.º Un albañil que salvajemente embadurnó todas aquellas magníficas yeserías, pero, ¿por cuenta de quién actuó?

4.º Una masa indiferente, inculta, que todo el asunto lo toma a broma.

La historia se repite y se repite. Lo mismo que sucedía en el siglo XVIII, en los tiempos en que escribe Pérez Bayer, siguió sucediendo en el siglo XIX, en los tiempos de mis abuelos, y sigue sucediendo en el XX, en nuestros tiempos.

Un movimiento de transformación de Toledo, en gran parte desfavorable, otro de resistencia a estas transformaciones, puramente negativo y otro de resistencia con signo positivo, restaurando, revalorizando sus monumentos.

Alguien, al oponerse a alguna reforma que no afectase a ningún valor artístico digno de ser tenido en cuenta, adujo que lo que se reformaba era algo típico, que se alteraba el tipismo. El término tuvo éxito y con el nombre de «tipismo» quedó bautizado y con el de «tipistas» sus adeptos; término éste que, empleado pronto con un sentido peyorativo, adquirió el valor de un insulto manejado por los que pudiéramos llamar «antitipistas».

Hoy el tipismo se ha puesto de moda y los antitipistas permanecen callados, pero no ociosos; han cambiado de táctica. La palabra tipista ha desaparecido del lenguaje, sobre todo escrito, pero la transformación sigue. El problema está igual que en tiempos de mi abuela y seguimos los toledanos hablando como ella.

Merece la pena que dediquemos unos ratos libres a meditar sobre este asunto. Yo lo hice y aquí os traigo el resultado.

#### TIPISMO Y ANTITIPISMO

Al hablar del tipismo, lo primero que surge es la necesidad de definir qué es lo típico toledano. Intento vano. Después de mucho pensarlo, habremos de concluir, con Téllez, que lo típico toledano no existe. Entonces, ¿cómo pudiéramos definir el tipismo? Siempre encontramos en él un rasgo común que le caracteriza: el conservadurismo. Conservadurismo artístico, arquitectónico, que no tiene por qué coincidir con el político. Conozco tipistas muy caracterizados como tales, y por sus ideas revolucionarias y antitipistas, muy conservadores, sobre todo de sus caudales. Si analizamos el porqué de este conservadurismo, encontramos que es consecuencia de la actitud personal del tipista ante Toledo como objeto de contemplación estética. De esta contemplación se deriva un placer. Según los psicólogos, el contemplador se proyecta sentimentalmente en lo contemplado, vive en él, se siente en él. En este grupo de estetas hedonísticos es en el que se dan verdaderas exageraciones. Yo recuerdo que en una de las conversaciones con artistas que teníamos en el Ayuntamiento, bajo la presidencia de don Luis Montemayor, exponía la necesidad de derribar una fachada ruinosa, sucia, indigna de Toledo y de cualquier pueblo. Se trataba de una fachada de principios de siglo, revocada en cemento gris, con los huecos de los balcones enmarcados en blanco; obra de lo más vulgar y de mal gusto; además, ruinosa. Dos pintores reaccionaron vivamente en contra. ¡Que no se les quitase esta fachada tan pintoresca! Ellos la habían llevado al lienzo varias veces. Reconozco que lo cochambroso y sucio es muchas veces pintoresco, como un muchacho andrajoso, sucio, con la cara llena de mocos. Sin embargo, es mejor que los muchachos vayan bien vestidos y limpios, y que fachadas como aquella sean derribadas y sustituidas por otras decorosas, dignas de la ciudad.

Hay otro tipo de tipista más moderado: el tipo de tipista intelectual. En él domina, en lugar del sentimiento, el juicio estético, que deriva de un conocimiento, más o menos perfecto del arte, de su historia, de sus técnicas.

En el antitipismo encontramos siempre, como elementos dominantes, factores económicos.

La casa, residencia de una familia, hay que dividirla en pisos para que habiten seis. Para ello hay que echar mano del patio. No importa. Se convierte en patinillo de luces. Las condiciones higiénicas de la vivienda, que eran buenas, salen enormemente perjudicadas; pero la renta aumenta. Tenemos un solar sobre el que no debieran elevarse más de tres plantas. Tienen que ser cinco. Más no. Es obligatorio el ascensor. Sólo cinco; con ello, el solar vale el doble.

Se ha pretendido evitar esto tomando algunas medidas, casi siempre prohibitivas; pero el fracaso acompaña siempre a toda prohibición. Como el interés del especulador es permanente y sabe esperar, todo consiste en tener paciencia hasta que llegue la ocasión favorable; que «la justicia de enero es muy rigurosa...» Luego, siempre hay alguno que logra, con sus influencias, vencer el obstáculo, y detrás de «el precedente» van todos los demás.

Se han tomado también algunas medidas positivas. No siempre acertadas. Un día un Arquitecto decreta que el color de Toledo es el ocre, y todas las fachadas han de ser pintadas en tal color. Menos mal que, detrás de él, viene otro que decreta que la fachada toledana es la de machones de ladrillos y cajones de mampostería, y esperamos que Dios se apiade de nosotros y nos envíe pronto otro que, con distinto criterio, nos evite el ponernos de uniforme. Porque, ¿dónde queda el principio subsistente en estética, desde Aristóteles hasta nuestros días, de la unidad en la variedad?

El intento más serio que se ha hecho fue el Plan de Urbanismo de 1962. Es un estudio serio, concienzudo y muy feliz, que me atrevo a calificar como lo mejor que se ha hecho en Toledo desde el 36. Sus autores, encabezados por el Jefe del equipo, don Alfonso Soldevilla, merecen, mejor que otros muchos, que Toledo les demuestre su agradecimiento con el reconocimiento público de su mérito.

El Plan, por lo que respecta al casco histórico de la población, quedó pendiente, para su aprobación, de un estudio más detallado, pero está vigente en cuanto se refiere al resto. Veamos lo que ha sucedido en estos años, sólo con cuatro ejemplos:

*Zona de contacto con el polígono industrial:* ha sido expropiada por el Ministerio de la Vivienda: solución perfecta. Ahí no puede suceder más que lo que el Ministerio quiera, y él es el responsable.

*Zona de parque natural*, que si bien recuerdo llega desde el arroyo de la Degollada hasta los cigarrales y desde el horizonte visible desde Toledo hasta el río. Es una zona que, aunque perteneciente a la finca de «La Sista» y de propiedad particular, viene siendo, de siempre, de disfrute público de Toledo. Todos hemos conocido varios intentos de la propiedad para impedir el libre acceso a ella, fracasados. El Plan de Urbanismo consolida esta situación de hecho, que a Toledo entero interesa conservar, ya que es la única zona suficientemente amplia donde el toledano sin coche puede pasar un día de campo. Un día se nos ocurre hacer un Parador de turismo en esa zona, y mediante una negociación, que yo no califico, porque como se ha hecho pública todos ustedes han podido calificar, se pretende que el Ayuntamiento pague cinco millones por el terreno que ha de ocupar el Parador, a cambio de, modificando el Plan de Urbanismo, se pueda parcelar el resto para construcción de cigarrales, quedando para Toledo la parcela de Piedra del Moro. En resumen: que para que puedan dormir en Toledo 40 turistas más, Toledo pierde cinco millones y queda su parque natural reducido a esa parcela para que sus hijos puedan emular a las cabras. Pregunto yo: ¿cuánto hubiera costado la expropiación de esa zona declarada de parque natural, y que no tiene absolutamente ningún aprovechamiento?

*Zona arqueológica*. Naturalmente en esta zona el plan prohíbe toda nueva construcción, permitiendo solamente la conservación de las existentes. Se pide la ampliación de una edificación, a la que yo me opuse. Me entero con asombro que más de lo que se prohibía ha sido autorizado por la Dirección General de Bellas Artes.

*Zona del ensanche*. Hay en el Plan, a la derecha de la carretera de Madrid, una zona que se destina a pequeñas industrias, garajes, almacenes, etc. Se pide en esta zona la construcción de un taller, que, como es natural, lleva la cubierta en dientes de sierra. La Dirección General de Bellas Artes obliga a hacer un tejado a dos aguas, cubierto con teja árabe.

Está visto que Toledo es un enfermo visitado al mismo tiempo por varios médicos mal avenidos. Cada uno deja ahí su receta (muchas veces contradictorias) y el enfermo hace lo que le parece de cada uno. Si se salva, ya es suerte.

Hay en el Plan de Urbanismo seis puntos en los que me interesa dejar bien sentada cuál ha sido mi opinión.

1.º Una zona de contacto entre Toledo viejo y el ensanche, que es, al mismo tiempo, zona de interés arqueológico. Interesa proseguir y completar las excavaciones, convirtiendo toda la zona en parque organizado alrededor de las ruinas, y como máxima aspiración, ya casi un sueño, evacuación de todos los miles de metros cúbicos de escombros, poniendo de manifiesto la antigua fortaleza.

2.º Una zona de ensanche que tiene por eje la carretera de Avila. He mantenido siempre el criterio que ese es el barrio del siglo xx y me ha parecido siempre absurdo pretendan construirle con los criterios del siglo xvii y que, al derivar hacia él la apetencia de construcción moderna y al ser posible también la actividad comercial y de pequeña industria, en gran parte haría una función defensora del casco histórico mejor que todas las disposiciones restrictivas. Quedando, como queda en el Plan, ese parque que sería mi deseo extender a todas las huertas actualmente existentes, la existencia de un barrio moderno ahí no causaría el menor perjuicio a la parte antigua. Sólo ventajas veo en su creación.

3.º Una zona deportiva en los altos de Safont, que ya debía estar expropiada. Se conservarían, con tal dedicación, las preciosas vistas hacia el Tajo y hacia Toledo por la entrada de la carretera de Madrid.

4.º El polígono industrial que tan evidente es que no puede causar el menor perjuicio a Toledo, que sólo por mala información o por mala intención se puede explicar la existencia de oposición.

5.º Hemos llegado a los puentes. Estos, evidentemente, son necesarios. Sin ellos no son posibles las imprescindibles vías de comunicación, que por su *tangencialidad* al casco antiguo es muy poca la repercusión que sobre él pueden tener. Mi opinión fue y es, pues la mantengo cada vez más, que los puentes hay que hacerlos donde se les debe hacer. Es problema técnico, que debe ser resuelto por los técnicos, sin tener en cuenta para nada otra consideración que no sea la facilidad de las comunicaciones. Solamente ante varias soluciones iguales desde ese punto de vista, debe tenerse en cuenta el artístico, ya que el arte nunca debe oponerse a la vida (y, en este caso, vida es una vía de comunicación), sino ser el complemento de ella: el arte debe intervenir para

embellecer la solución técnica. Sólo así, hermanando lo útil con la técnica y la belleza, podremos obtener la obra perfecta. Hemos de hacer lo posible los toledanos por que no se repita el caso del puente de Alcántara, en el que pueden ver cómo la solución que se adoptó entonces con el afán de defender el aspecto artístico ha tenido una repercusión desfavorable al obligar a ensanchar la carretera que no hubiera tenido la técnica, que es la que, poco más o menos, viene a proponerse ahora.

Vengan, pues, esos puentes, ese polígono industrial y ese ensanche siglo XX, que, no sólo no causarán el menor perjuicio sobre el Toledo antiguo, sino que serán medios eficaces para su defensa.

6.º Al llegar al casco antiguo, salta inmediatamente a escena la tan discutida «Cornisa del Tajo». No he estado nunca de acuerdo con el nombre, pero el nombre no hace al caso. Restaurar el camino de ronda, como dice Santacruz, cosa relativamente fácil desde el Alcázar hasta San Lucas. Si además se llevasen por delante todas las masas de escombros acumulados en la zona, aunque al mismo tiempo desapareciese la explanada del «Corralillo» y con ella la estación de autobuses, sencillamente estupendo.

Adecantar, limpiar y evacuar escombros de las Carreras, hasta el Seminario y San Cipriano, formidable.

El enlace entre San Lucas y las Carreras, desechado desde luego el Viaducto que sería visto desde El Valle como si a Toledo le hubieran hecho una laparatomía, cosa que hay que estudiar a la vista de todas las posibles soluciones técnicas.

Yo no pongo más que una «pega». Donde hay una vía de comunicación, surge la construcción. ¿No tendríamos, al cabo de unos años, esa Cornisa bordeada de cafés, bares, garajes, algún hotel, casa de cinco plantas? No me digan, no, porque se prohíbe, pues las prohibiciones duran mucho menos que una generación. Sería preciso estudiar antes de emprender la obra una solución que pudiera ser la expropiación y construcción, en toda la zona que da vistas a esta vía, de casas de una o dos plantas, con jardín, que fuesen propiedad ¿del Ayuntamiento?, ¿alguna entidad cultural? y que se dedicasen a residencias de artistas o altos funcionarios, a ver si se conseguía que residiesen aquí. Y de un tiro matábamos dos pájaros.

un valor informativo. Si le diésemos todo el poder a la Administración, haríamos del Arquitecto municipal una especie de dictador en su esfera, y para ello considero que siendo incompatible con el ejercicio de su profesión esta actividad habría de retribuirse ampliamente para compensarle la prohibición del ejercicio.

Podría ensayarse otra solución que pudiera ser informe, con carácter vinculativo, por un censor, o mejor una pequeña Junta de censores formada por artistas (pintores, escultores) y para servir de contrapeso a éstos, generalmente estetas hedonísticos que incurren fácilmente en exageraciones, algunos Arquitectos, críticos de Arte, etc., en fin, estetas de tipo intelectual, en los que domine el juicio sobre el sentimiento estético. El organismo político habría de decidir siempre con el informe, y si no estaba de acuerdo, remitir el asunto a una autoridad superior, pero siempre Toledo sería gobernada por toledanos y no estaría sometida a una dictadura extraña como en la actualidad, porque la solución actual es la peor.

El Ayuntamiento autoriza lo que le parece; cuando quiere evadirse de algún compromiso, remite el asunto a la Dirección General de Bellas Artes, donde en realidad debía mandar todos, y el Arquitecto conservador de esta zona autoriza lo que le parece bien, según su leal saber y entender. Tanto el Ayuntamiento como la Dirección General, están sujetos a la presión de los constructores y la misma falta de resistencias acusan unos que otros, con la ventaja para los locales que siempre tienen el freno de la opinión pública.

No se puede prescindir de las impresiones de la infancia que tanta influencia tienen en nuestro pensar y hacer, pero tampoco de la formación o deformación profesional que nos hace, quizá por inercia, ver todos los problemas desde el especial punto de vista que nos proporciona el uso diario de unas técnicas, la formación de unos juicios basados en unos razonamientos hechos bajo unos principios generales, en mi caso los de las Ciencias Biológicas y se tiene la tendencia a aplicar estos mismos principios y técnicas a todos los asuntos que interesan nuestra curiosidad.

Es quizá por esto por lo que yo veo que todo lo que se hace o intenta hacer para conservar Toledo es igual que cuando se hace un tratamiento sintomático de una enfermedad; se alivian las molestias, pero la enfermedad sigue su evolución bajo aquella sintomatología atenuada, y al final, si se cura, es porque el organismo, espontáneamente,

poniendo en juego sus mecanismos defensivos, lo consigue. Para que el tratamiento sea eficaz tiene que ser etiológico.

Veamos cuál es, a nuestro parecer, la etiología y el posible tratamiento de este problema de Toledo.

Toledo, como cualquiera otra ciudad, no es una agrupación de casas y edificios públicos, eclesiásticos, militares o civiles, con sus servicios de abastecimiento de aguas, evacuación de aguas residuales, etc. Toledo es, ante todo y sobre todo, una agrupación humana que vive en este espacio geográfico heredera de los que le precedieron en el curso de los siglos de su existencia y precursora de los que le hayan de suceder. Lo demás, las casas, las calles, la Catedral, el Alcázar, etc., es su consecuencia. Dejar la ciudad sin habitantes y Toledo deja, en ese momento, de ser Toledo para empezar a ser «Las Ruinas de Toledo»: un cadáver, quizá esa ciudad-museo que los toledanistas de Madrid quieren que seamos.

Como hijo de Toledo, como enamorado de él, yo me resisto a este destino. Aspiro a un Toledo vivo y actuante en la vida, y cuya vida trascienda no sólo al espacio inmediato que le circunda, sino a todo el ámbito nacional e internacional. Nada de ser un bicho raro disecado, curiosidad de naturalistas y viajeros desocupados. Vida sosegada, sí; tranquila y serena como requieren las actividades del espíritu, pero no el letargo invernal de animal homotermo hacia el que caminamos, en el que casi estamos sumergidos.

Está claro que si tenemos en Toledo la mejor Catedral de España, con su enorme tesoro artístico, es porque aquí reside el Arzobispo Primado y porque la Diócesis toledana fue una de las más extensas y la más rica. Si tenemos un Alcázar, unas murallas, etc., es porque hubo durante toda la Edad Media una guarnición para defender este punto estratégico, y que, por serlo, se puso aquí la ciudad. Como fue un punto de tal importancia, fue residencia frecuente de esa Corte ambulante, y, por tanto, aquí hubo una aristocracia que levantó residencias nobles que aún dan prestancia a la población. Todo esto se acaba en un momento: parece que el fin lo pone la Puerta Llana.

Si a partir del siglo XVIII Toledo degenera, si la construcción que ha de venir a sustituir a la que naturalmente por su antigüedad se arruina, es cada vez peor y de peor gusto; si sólo al final de este siglo hay

un soplo vivificador del Cardenal Lorenzana, y al extinguirse éste ya no vuelve a haber casi nada que merezca la pena en siglo y medio, es porque ha pasado algo. Lo que pasó está claro.

La fijación de la Corte en Madrid atrae allá, poco a poco, a toda la aristocracia toledana. Ya no se encuentran aquellas listas que vemos en las Cofradías del siglo XVII: el Conde de Fuensalida, el Marqués de los Arcos, el Condestable de Castilla, etc. Todos emigran y ahí quedan sus palacios, que poco a poco, van decayendo hasta convertirse en habitaciones de los pobres de la Beneficencia Municipal.

Tras la aristocracia emigran los ricos. Sólo su agricultura es básica en la economía de Toledo. Raro es el propietario que vive aquí. Lo que nuestra agricultura produce, en Madrid o en París se consume. De ella sólo queda aquí el jornal del menestral. Tras el éxodo del rico, viene ya, en la actualidad, el del funcionario. Sólo nos queda el Arzobispado (?desaparecerá también?), pero con las manos amputadas por la Desamortización. En resumen: Toledo es una ciudad decapitada. Aquí veo yo el origen de todos nuestros males, y mientras no corriamos esto, nuestros males seguirán, con sintomatología atenuada o exuberante, según el acierto e intensidad de los tratamientos, pero sin que lleguemos a un estado de salud.

Si esta Sociedad lográsemos que tenga cabeza, si consiguiésemos una fuerte minoría culta, influyente, no por presiones, que siempre me han parecido indignas, sino por prestigio y ejemplaridad, estaríamos salvados.

Hay que ponerse en situación de poder prescindir del turismo, que tal y conforme se va poniendo, se va pareciendo, cada vez más, a la prostitución: un buen negocio, pero a costa de la honra. Debíamos los toledanos que aún quedamos en Toledo (y al hablar de toledanos no me refiero sólo a los nacidos aquí, sino a todos los que aquí viven y aman a Toledo) unir nuestros esfuerzos para conseguir: primero, conservar aquí el Arzobispado con todo su antiguo prestigio, y luego, la creación de la Universidad Católica, aquí precisamente, Diócesis Primada. Ella convertiría a Toledo en un foco de alta cultura, con una minoría selecta de profesores y alumnos que marcarían su paso por la Historia, dejando un rastro en la ciudad de la misma categoría, por lo menos, de los que dejaron las que la precedieron, haciendo descender los valores económicos a donde siempre debían haber quedado, por debajo de los espirituales, pero sin prescindir de ellos, sin los cuales

nada se podría hacer, dando vida para ello también al polígono industrial.

El Alcázar podría ser un edificio ideal para establecerla, hoy que ha quedado inútil para Academia, con la construcción del nuevo edificio al otro lado del Tajo. Su historia y la existencia de la cripta, no sería un obstáculo para esta dedicación, más bien cumpliría un fin educativo y patriótico muy estimable. Es posible, en último término, independizar totalmente la cripta. En oposición a esto no hay nada positivo; lo cierto es que no se sabe qué hacer con tan magnífico edificio y como solución se piensa en el traslado a él del Museo del Ejército. Que siga el Museo del Ejército en Madrid, que aquí ya tenemos bastantes Museos y lo que nos falta es vida, que no vendrá a dárnosla ningún Museo más.

Una Universidad no es sólo el edificio principal: harían falta Colegios Mayores, y también hemos pensado en ello: el Colegio de Doncellas, fundación del cardenal Siliceo, atraviesa hoy dos crisis: una, la económica que atraviesan todos estos Institutos que, por imperativo de la Ley, tienen todo su capital en Deuda del Estado, a consecuencia de la inflación; y otra que deriva del desfase de sus constituciones con el tiempo en que vivimos. La primera está simplemente en manos del Gobierno resolverla. En justicia estricta, conforme se actualizaron las pensiones de las Clases Pasivas, se debieron actualizar igualmente las rentas de estos Institutos. La segunda es ya más difícil, pero no imposible acometerla. Hay que pensar qué haría el cardenal Siliceo en el siglo XX. Si en el XVI funda un Colegio para formar buenas madres de familia y dispone se dé dote a la que se casa y no a la que se mete monja, creo casi seguro que hoy dispondría que las colegialas estudiaran una carrera, universitaria o no, que las capacitase para vivir de su trabajo se casasen o no se casasen. En fin, yo veo la posibilidad de dos magníficos Colegios femeninos, Mayor y Menor, aunque para ello habrían de vencerse grandes dificultades, pero es evidente que o se resuelven esos dos puntos o una institución tan toledana desaparece.

Hay otra porción de edificios transformables y que serían a su vez, salvados por esta especie de simbiosis. El convento de San Pedro Mártir, hoy utilizado por la Diputación como Asilo, construyéndose otro edificio para alojarle y otra serie de conventos que hoy no pueden subsistir en edificios hechos para cien monjas o más y donde hoy no llegan a veinte, como San Clemente, Santo Domingo el Real, con las partes de las Comendadoras y Adoratrices, etc. Puestos a construir

una nueva ciudad en el polígono industrial, yo no veo grandes dificultades en hacer allí conventos de tamaño adecuado, con su pequeña huerta, etc., que podrían ser objeto de intercambio con los del casco antiguo.

La instalación de Facultades que precisan de grandes instalaciones de laboratorios, maquinaria, etc., ofrecería dificultades, pero con las de Filosofía y Letras, Derecho, Ciencias Políticas y Económicas, Ciencias Exactas, Biológicas y Geológicas, Escuela de Bellas Artes, Musicología y algunas más podría empezarse casi inmediatamente.

Creo ya haber molestado bastante tiempo vuestra atención. El tema es largo. Deliberadamente he dejado de tocar muchos puntos, pues el alargar esto más sería un abuso. Por otra parte, creo lo dicho suficiente para que se den cabal idea de la manera de pensar y de los deseos y proyectos que fueron de un tipista. Utilizo el pretérito, no porque me haya arrepentido: tipista nací y tipista moriré, pero paso, desde este momento, a la clase de tipista jubilado. He llegado ya a la edad en que empieza a vivirse de los recuerdos. En mi memoria está el Toledo que conocí, en algunas cosas peor que el actual; en muchas otras, mejor; en su evocación me complazco y sólo la muerte o la arterioesclerosis me pueden arrebatar este placer. De ninguna manera las reformas que se hagan por mal afortunadas que sean, pero quiero aprovechar esta ocasión para pedir una cosa. Es sencilla y fácil de conseguir: todo queda resuelto simplemente con una orden del Cabildo. Se trata del toque de campanas.

Siempre las campanas de la Catedral fueron tocadas de una manera especial, que a los que las hemos oído desde niños nos han alegrado el día del Corpus con el toque de «Magnificat»; se nos ha oprimido el corazón al amanecer del 2 de noviembre, con el de Difuntos; hemos oído, en verano, amodorrados durante la siesta, el de coro. Nos hablan al alma. Por eso, lamentábamos su desaparición después de la guerra. El toque no era el mismo, y agradecemos a don Juan Esteban Sevilla, entonces canónigo obrero, el interés que se tomó en el asunto, hasta lograr localizar a Rafael Sánchez Vera, que nos hizo sonar las campanas otra vez igual. Su muerte nos hizo volver al punto de partida. Ya no eran los mismos los toques: faltaban campanadas, faltaba interés y faltaba amor —que donde no hay amor, no hay arte—. No se

puede alegar ignorancia. Mi hermano mayor, José Manuel, también fallecido, consiguió de Rafael Sánchez Vera una nota con todos los toques, y no se la reservó: hizo copias y las dio a quienes podían evitar que los toques desaparecieran. Dios fue misericordioso con él, y abrevió sus días para que no conociese la situación actual. La mecanización que nos han hecho será muy práctica, ahorrará trabajo; pero, ¡qué toques nos han dejado! Todos son malos; pero sustituir el toque solemne que teníamos por el campaneó actual, que, más que toque formal, parece gamberrada de quintos, constituye un atentado contra nuestros oídos, nuestros nervios y nuestro gusto. No soy yo sólo; somos muchos los toledanos que pensamos así.

Si por lo menos conseguimos esto, ya no será pérdida del todo esta hora.

ALFONSO LÓPEZ-FANDO RODRÍGUEZ,  
*Académico Numerario*

